

JULIÁN  
CARRÓN

EL  
DESPERTAR  
DE LO  
HUMANO

*Reflexiones de un tiempo  
vertiginoso*



Julián Carrón

# El despertar de lo humano

Reflexiones de un tiempo vertiginoso

entrevista de Alberto Savorana

© 2020 Fraternità di Comunione e Liberazione  
Edición italiana: BUR Rizzoli, Milán, abril 2020 (e-book),  
junio 2020 (libro de bolsillo)

El despertar de lo humano



*En el curso de unas pocas semanas la emergencia sanitaria provocada por el Covid-19 se ha convertido en una experiencia común. De muy diversos modos, todos nos hemos sentido interpelados. La situación de aislamiento a la que nos hemos visto obligados se ha convertido paradójicamente en la ocasión de un gran diálogo a distancia.*

*De una forma u otra, todos estamos tratando de medirnos con un dato imprevisto que ha irrumpido en nuestra vida cotidiana imponiendo un cambio drástico de nuestro estilo de vida, suscitando preguntas urgentes que no conseguimos ignorar. ¿Qué respuestas están a la altura de la situación?*

*Don Julián Carrón, presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación, ha querido responder a las preguntas que nos hacemos todos. Y en estas páginas ofrece una contribución a la reflexión común.*





### *¿Qué está pasando?*

Nos hallamos ante un desafío sin precedentes para nuestra generación. Lo ha sintetizado muy bien en *El País* el poeta español Julio Llamazares: «Hoy cumpla 65 años, en el momento más crítico que he conocido»<sup>1</sup>.

La situación que estamos viviendo nos ha hecho conscientes de que en estos años hemos vivido en cierto sentido como en una burbuja que nos hacía percibirnos protegidos de los golpes de la vida. De este modo hemos vivido distraídos, fingiendo que todo estaba bajo control. Pero las circunstancias han desbaratado nuestros planes y nos han llamado bruscamente a responder, a tomarnos en serio nuestro yo, a preguntarnos sobre nuestra situación existencial concreta. En estos días la realidad ha sacudido nuestra

<sup>1</sup> *El País*, 28 de marzo de 2020.

más o menos tranquila vida cotidiana asumiendo el rostro amenazante del Covid-19, un nuevo virus que ha provocado una emergencia sanitaria internacional.

La realidad, de la que huimos a menudo creyendo que así podremos respirar, pues somos incapaces de estar con nosotros mismos, ha sido esta vez inclemente, y nos ha obligado a la mayoría de nosotros a quedarnos encerrados en casa, a pararnos. Y en este aislamiento está brotando ante nuestros ojos –quizá por primera vez de forma tan clara y extendida– nuestra condición existencial. Hace años leí en un periódico americano el relato de un preso que, al verse durante años privado de libertad, no había tenido más remedio que pararse y pensar: «Stop and think». Nosotros, que estamos habituados a escapar de mil formas de nosotros mismos y de la llamada profunda de las cosas, no hemos podido evitar pararnos a pensar.

*¿Qué ha hecho explotar la «burbuja» de una vida bajo control?*

La irrupción imprevista e imprevisible de la realidad bajo el rostro del coronavirus. Lo describe de forma muy eficaz el novelista

español José Ángel González Sainz: «En la vida de un país o de una persona, hay veces en que la realidad, la realidad más descarnadamente real, la más cruda y menos guisada por las recetas y los cocineros de mentalidades y relatos, irrumpe de repente con una violencia pavorosa a la que no estábamos acostumbrados. La realidad no se hace entonces real, lo había sido siempre, estaba ahí desde siempre, pero su mayor levedad nos permitía no mirarla continuamente cara a cara, bastaba hacerlo de reojo y concentrarnos en el cocinado más o menos placentero o fraudulento de relatos e ilusiones. [...] Cuando lo que está en el fondo efectivo e impepinable de las cosas sustentándolo todo de repente estalla y campa por sus fueros escapando del control –o el mareo– de la parte ilusoria de nuestra vida, la visión de la fantasmagoría en la que hemos estado viviendo, y desde la cual hemos estado considerando la realidad, estremece. Es lo que ahora mismo sucede, en todas partes».

Lo que ha sucedido es como un maremoto, una explosión volcánica que nos ha sorprendido inermes. González Sainz prosigue poniendo al descubierto el motivo de tal debilidad: «El hábito de sustitución de las cosas y los hechos por su uso estratégicamente

fraudulento, de la realidad por la ideología, de la verdad por la costumbre impune del embuste y de lo crucial por la banalidad nos pone en las peores condiciones para enfrentarnos a una venganza de la realidad en toda regla»<sup>2</sup>. La realidad se ha rebelado porque se ha visto subestimada, ha reivindicado de golpe su papel «principal». Como escribe Fernando de Haro, un amigo periodista que trabaja en la radio española, haciéndose eco del novelista citado: «La realidad [...] estaba ahí pero no la mirábamos. Ahora ha irrumpido de forma estrepitosa. [...] La realidad ha entrado sin permiso. [...] Ahora lo que necesitamos es hacer de “las tripas de la realidad corazón de inteligencia” (J.A. González Sainz)»<sup>3</sup>.

*Pero, ¿qué significa «hacer de “las tripas de la realidad corazón de inteligencia”»?*

Significa que la irrupción poderosa de la realidad ha hecho rebrotar con todo su alcance esa exigencia de comprender que llamamos

<sup>2</sup> *El Mundo*, 20 de marzo de 2020.

<sup>3</sup> *páginasDigital.es*, 23 de marzo de 2020.

«razón». A veces, debido a las dificultades de la vida o simplemente por pereza, detenemos el camino de la mirada y nos quedamos en la apariencia, permaneciendo en la superficie de las cosas, como si todo el mundo se redujese a los lugares comunes que respiramos o a lo que vemos a través del ojo de la cerradura de nuestra medida racionalista: una medida angosta, demasiado pequeña, y al final asfixiante (la asfixia es precisamente el piloto que nos indica que nos hemos quedado en la apariencia). Solo el impacto –aceptado– de la realidad puede abrir nuevamente la razón. Es siempre un contragolpe, un vernos golpeados, lo que hace que se abran nuestros ojos: el conocimiento implica en su surgimiento y en su desarrollo una dimensión afectiva originaria. Cuanto más nos golpea y nos afecta una realidad, más se abre la mirada de la razón, más se ensancha, se agudiza, no se conforma con soluciones baratas. Las cosas solo desvelan todo su sentido y la intensidad de su ser a una razón que está comprometida afectivamente. El sentimiento que suscita la realidad (asombro, miedo, curiosidad) es un factor esencial para la visión, es una «lente» que acerca el objeto. Esto es lo que hemos verificado.

Lo que ha sucedido ha despertado nuestra atención, poniendo nuevamente en movimiento nuestra razón, llevándonos a reconocer, más allá de esquemas cómodos, que «hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que en tu filosofía», por usar las palabras de Shakespeare<sup>4</sup>. Es decir, en este momento la razón vuelve a brotar como «ese acontecimiento singular de la naturaleza en el cual esta se revela como exigencia operativa de explicar la realidad *en todos sus factores*, de manera que el hombre se vea introducido en la verdad de las cosas»<sup>5</sup>.

Ahora entendemos por qué hemos terminado viviendo en una burbuja. Durante mucho tiempo quizá nos hemos podido permitir sustraernos al impacto con la realidad –que, sin embargo, nunca ha dejado de suceder ni de interpelarnos–, no nos hemos dejado desafiar por ella, hemos creído que la habíamos domesticado, protegidos por unas condiciones de vida privilegiadas. «Un individuo que haya tenido en su vida un impacto débil con la realidad porque, por ejemplo, haya tenido que esforzarse muy

<sup>4</sup> *Hamlet*, acto I, escena V.

<sup>5</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 141.

poco, tendrá un sentido escaso de su propia conciencia, percibirá menos la energía y la vibración de su razón»<sup>6</sup>. No digo que hoy no pueda pasar –porque no hay nada mecánico en la experiencia humana–, sino que es tremendamente difícil sustraerse al impacto de la realidad, que nos desafía de forma tan inexorable y dramática. En cualquier caso, quien se ahorre la provocación de la realidad, de los acontecimientos, no podrá experimentar hasta el fondo esa vibración inefable de la razón y del corazón que nos hace hombres. Y las últimas semanas hemos visto suceder innumerables signos de esta humanidad, que nos han llenado de gratitud y de asombro.

*¿A qué se refiere con «vibración inefable de la razón»?*

Me refiero a las preguntas que nos han asaltado a todos. El desafío que plantea la realidad nos «obliga» a mirar más en profundidad nuestro ser hombres. Nos hemos visto arrancados de nuestra zona de confort, en la que nos habíamos instalado cómodamente,

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 145.

y nos han asaltado preguntas que normalmente, de forma más o menos intencionada, evitamos o ahogamos en las rutinas cotidianas. Lo subraya Umberto Galimberti, respondiendo a una lectora: «En esta condición insólita en la que nos hallamos a causa de la suspensión de nuestras actividades cotidianas, en este estado de desorientación, ¿no haría falta que os dirigierais a vuestra interioridad, que habitualmente olvidáis, para saber quiénes sois, qué hacéis en el mundo, qué sentido tiene vuestra vida? [...] Estas reflexiones serían realmente un paso adelante para ser verdaderamente hombres, porque vivir en el desconocimiento de uno mismo no es precisamente lo máximo para la propia autorrealización y para encontrar un sentido a la propia existencia»<sup>7</sup>. Toda crisis, todo impacto profundo de la realidad, como nos enseña Hannah Arendt, «nos obliga a volver a las preguntas»<sup>8</sup>, hace aflorar nuestro yo con toda su exigencia de significado, nos hace gritar: ¿por qué?

<sup>7</sup> *la Repubblica*, 21 de marzo de 2020.

<sup>8</sup> H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Península, Barcelona 1996, p. 186.



*Son preguntas que perturban, que inquietan, que nos obligan a pensar en algo que se nos escapa...*

Son las preguntas de la razón que acompañan estructuralmente el camino del hombre en cuanto criatura consciente de sí. Ellas muestran la radical e inagotable búsqueda de sentido del yo frente a lo que sucede – la realidad, el dolor, la muerte– y a la vez la profunda coincidencia de racionalidad y religiosidad. Una coincidencia que podrá sorprender a quien esté habituado en nuestra cultura a reducir la religiosidad a sentimiento, a *feeling*. El surgimiento de esas preguntas (¿qué significado tiene la existencia?, ¿por qué existe el dolor, la muerte?, ¿por qué merece la pena, en el fondo, vivir?, ¿de qué y para qué está hecha la realidad?) expresa la vocación de la razón y lo que yo considero que es la auténtica e ineludible religiosidad del hombre.

*¿Qué se ha revelado a la razón en la situación actual?*

Una fragilidad estructural –no contingente o provisional–, que ha brotado con toda su

dramaticidad. Se ha escrito mucho sobre ello en estos días. Me gustaría citar aquí a dos amigos muy queridos, Pilar Rahola y Pedro G. Quartango, conocidos intelectuales de Barcelona y Madrid respectivamente, que se han medido con la pandemia que está poniendo contra las cuerdas también a mi país natal.

Rahola escribe: «La conmoción de esta pandemia nos dejará, por ejemplo, una sensación de mucha más vulnerabilidad, finalmente convencidos de que nuestro modelo de vida y la vida misma es enormemente frágil. Una idea de fragilidad que quizá ha estado presente en toda la historia de la humanidad, pero que habíamos olvidado en estos tiempos de orgullo tecnológico. Un simple virus gripal, y de golpe, el caos mundial... Sí, sin duda volveremos con una mayor percepción de vulnerabilidad»<sup>9</sup>. Que somos vulnerables no es una novedad, es una condición que está cosida a nuestra naturaleza desde el nacimiento; pero en tiempos de orgullo tecnológico, en el que parecía que todo estaba en nuestras manos, lo habíamos olvidado de algún modo, lo habíamos dejado a un lado, perdiendo la percepción de lo que somos.

<sup>9</sup> *La Vanguardia*, 26 de marzo de 2020.

Ha sido la irrupción de la realidad lo que nos ha restituido la conciencia de algo que, como vemos, es sabido pero no obvio. «Esta peste –subraya Pedro G. Cuartango– nos devuelve la conciencia de la fragilidad del ser humano y de su profunda insignificancia frente a fuerzas de la Naturaleza que no controlamos. Quedemos con la lección de que no somos dioses y que nunca lo seremos»<sup>10</sup>.

En este sentido, encuentro consecuentes las consideraciones de Jean-Pierre Le Goff en *Le Figaro*: «Tenemos que enfrentarnos nuevamente a lo trágico, nos vemos nuevamente ante los límites de nuestra condición, ante la “fragilidad de las cosas humanas” [...]. Este tiempo en suspenso puede ser la ocasión para volver a centrarnos en lo esencial, para tratar de entender los desafíos de nuestro tiempo. [...] La fractura que ha introducido esta epidemia [...] cuestiona ideas y representaciones que parecían sólidamente ancladas [...]. La vida moderna parece estar estructurada en la dirección opuesta a la idea pascaliana de que “toda la infelicidad del hombre deriva de su incapacidad para estar a solas en su habitación”. [...] La epidemia nos obliga a vérnoslas con lo trágico de la historia sin escapatoria.

<sup>10</sup> *ABC*, 24 de marzo de 2020.

[...] Compete a cada uno de nosotros, extraer de aquí las lecciones pertinentes»<sup>11</sup>.

*La renovada experiencia de nuestra fragilidad nos une a todos...*

Sí, todos se lo hemos escuchado decir por televisión al papa Francisco desde una plaza de San Pedro desierta la tarde del viernes 27 de marzo, de un modo y con una intensidad que nos han dejado a todos en silencio: «Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados [...]. La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de

<sup>11</sup> Traducción publicada en *Il Foglio*, 30 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad. Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre preocupados de querer aparentar». Y Francisco nos ha metido a nosotros, que nos hemos visto arrollados por la tempestad, en la misma barca con toda la familia humana y la creación: «No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “¡Despierta, Señor!”»<sup>12</sup>.

*Pero, ¿qué ganamos con descubrirnos frágiles, vulnerables? ¿Para qué sirve?*

Sirve para sacarnos del torpor en el que vivimos habitualmente, para arrancarnos de

<sup>12</sup> Francisco, *Momento extraordinario de oración*, 27 de marzo de 2020.

la distracción a la que con frecuencia nos abandonamos casi sin saberlo, para interrumpir esa insensibilidad que muchas veces nos envuelve. «Todo conspira para callar de nosotros, un poco como se calla, tal vez, una vergüenza, un poco como se calla una esperanza inefable»<sup>13</sup>. Sin embargo, no se trata solo de descubrirnos frágiles («Lejos del propio ramo, / frágil y pobre hoja, / ¿a dónde vas?»<sup>14</sup>, decía Leopardi). De hecho, la percepción misma de nuestra fragilidad lleva consigo, como su condición, la grandeza de lo humano, el «misterio eterno / de la existencia». «Naturaleza humana, / si eres en cada cosa tan vil y frágil, / si polvo y sombra eres, ¿cómo tienes tan altos sentimientos?»<sup>15</sup>. La denuncia del límite, de la finitud, el sentido de lo trágico, implican esa infinitud del deseo que nos define como hombres, antes incluso de que lo sepamos.

<sup>13</sup> R.M. Rilke, «Segunda elegía», vv. 42-44, en *Las elegías del Duino y otros poemas*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile 2001, p. 45.

<sup>14</sup> G. Leopardi, «Imitación», vv. 1-3 en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 268.

<sup>15</sup> G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer esculpido en el monumento sepulcral de la misma», vv. 22-23, 49-51, en *Ibidem*, pp. 227-228.

«Imaginarse el número de mundos infinitos, y el universo infinito, y sentir que nuestro ánimo y nuestro deseo son aún mayores que el mismo universo»<sup>16</sup>. A esa grandeza pertenece también el hecho de tomar nota de nuestra contingencia: no nos hacemos a nosotros mismos, no somos nosotros los que nos procuramos el ser. En el fondo de nuestra persona domina una dependencia. Hoy, de modo particular, tenemos la posibilidad de ser más conscientes de ello.

*¿Has recibido algún signo de semejante «reconquista» de la conciencia?*

Sí, y no solo entre personalidades y escritores de los que es más obvio esperárselo. Cuenta un profesor jubilado que colabora con una iniciativa de ayuda al estudio para chavales de origen extranjero: «Hoy he visto un rayo de luz entre las noticias cada vez más alarmantes sobre el coronavirus. Habíamos propuesto a los chavales de *Portofranco* que asisten al curso de lengua conectarnos por vídeo, y muchos han aceptado. Son chicos

<sup>16</sup> G. Leopardi, «Pensamientos», LXVIII, en *Ibidem*, p. 466.

y chicas extranjeros, egipcios y marroquíes» de toda religión, también musulmanes. «Hemos hablado de cómo estamos viviendo esta situación: el miedo, las preocupaciones, la suspensión de las clases. En un momento dado, uno de ellos ha dicho que esta situación pone en evidencia el límite del hombre, y entonces ha empezado un diálogo sobre este tema. Un diálogo que mostraba una cierta distancia entre nosotros sobre quién es Dios pero, al mismo tiempo, indicaba que lo que nos une es la búsqueda de un sentido dentro de este drama y la pregunta del porqué de esta prueba. Un diálogo intenso sin prejuicios, los unos tratando de entender las razones de los otros. Un diálogo libre, entre personas que se están tomando en serio lo que está pasando y lo viven como ocasión de verificar qué es lo que vale para vivir»<sup>17</sup>.

Como contraste, vivimos normalmente amplias franjas de nuestra existencia con una imagen falseada de nosotros mismos, poniendo en cuarentena nuestra condición de hombres. Esto nos hace permanecer en un estado de anestesia. Por eso observa Llamazares: «Si para algo ha de servirnos esta

<sup>17</sup> Cartas, «Compartimos con todos la misma pregunta», clonline.org, 24 de marzo de 2020.



catástrofe sanitaria es para recordarnos la fragilidad de todo, algo que se nos olvida en cuanto se suceden unos años de paz y de bienestar»<sup>18</sup>.

*¿Cuáles son las consecuencias del torpor?*

Nos deja inermes ante los imprevistos de la vida. Citando nuevamente a González Sainz, «cuando la realidad más cruda y real irrumpe con brutalidad como ahora, cuando la distancia entre los hechos y los relatos, entre los nombres de las cosas y las cosas de los nombres, se reduce al mínimo, toda la fantasmagoría simuladora, toda la infernal maquinaria de la mendacidad y la hipocresía y toda la envanecida ignorancia y falta de prudencia, de aplicación esforzada a la realidad y a su control y su gestión más eficaz, tempestiva y efectivamente beneficiosa, son las peores armas para afrontarla. La realidad nos pilla en la inopia, desarmados y cautivos de los hábitos mentales más contraproducentes»<sup>19</sup>.

<sup>18</sup> *El País*, 28 de marzo de 2020.

<sup>19</sup> *El Mundo*, 20 de marzo de 2020.

«La realidad más cruda y real irrumpe con brutalidad...». Son palabras fuertes...

La realidad no nos está dando tregua. Como escribía Paolo Mieli el 3 de abril, «rozamos ya el millón de contagiados en el mundo. Un millón y ya sabemos que no nos pararemos aquí. La mitad de la población del orbe terráqueo está encerrada en casa. Italia ostenta el récord de muertos (13.915), seguida por España, que ha superado ya los 10.000. En Bolonia ha expirado el primer preso ingresado en un hospital. En China se han registrado enfrentamientos en el puente del río Azul con agentes del Jiangxi decididos a impedir el paso a los viajeros procedentes de Hubei, en donde se acaba de declarar el final del bloqueo. Al mismo tiempo, se ha puesto bajo aislamiento un condado de Henan limítrofe con la misma Hubei. En Hong Kong comienza la segunda cuarentena después de que el virus haya vuelto a aparecer debido a que (sostienen fuentes oficiales) no se ha respetado la distancia de seguridad en los restaurantes»<sup>20</sup>.

Con la propagación del virus estamos ex-

<sup>20</sup> *Corriere della Sera*, 3 de abril de 2020; la traducción es nuestra.

perimentando la realidad como alteridad, oscura y sorda en su absoluta diversidad: una presencia inexorable de la que dependemos. Se ha impuesto, más allá de cualquier reducción nuestra, la preeminencia de la realidad. Su irreductibilidad nos interroga, no nos deja tregua. Con Nietzsche nos habíamos convencido de que «no existen hechos, solo interpretaciones»<sup>21</sup>. Su sentencia, que ha resistido durante muchos años como una verdad indiscutible, muestra en situaciones como esta su punto débil. La realidad, que parecía algo superado, es testaruda y sale una y otra vez a escena, vuelve de forma potente al primer plano. Ante nuestros ojos hay algo más que interpretaciones: hay unos hechos obstinados que piden ser considerados y también interpretados de forma adecuada. El nihilismo está contra las cuerdas, por lo menos en este sentido.

La testarudez de la realidad no nos deja tranquilos, aunque muchas veces preferiríamos no mirar, como cuando vimos desfilar hace unas semanas los camiones del ejército que transportaban los féretros de nuestros

<sup>21</sup> Cf. F. Nietzsche, *Frammenti postumi 1885-1887*, en Id., *Opere*, Adelphi, Milán 1975, vol. VIII, fr. 7 (60), p. 299; la traducción es nuestra.

mueertos bergamascos. No le falta razón a Domenico Quirico cuando afirma: «Pero preguntarse acerca de la muerte con dignidad, en silencio, ¿no es acaso un deber cultural que esta circunstancia nos impone?»<sup>22</sup>.

La realidad vuelve a brotar con todo su misterio. Ezio Mauro habla de las «angustias que nacen de lo desconocido, en una dimensión inalcanzable»<sup>23</sup>, con respecto a la cual rebajamos el límite de nuestra capacidad de dominio.

*Y cuando brota con todo su misterio, la realidad suscita miedo...*

De hecho, el enemigo contra el que tenemos que combatir no es el coronavirus, sino precisamente el miedo. Un miedo que advertimos siempre y que, sin embargo, explota cuando la realidad pone al desnudo nuestra impotencia esencial, que nos supera con frecuencia y nos hace reaccionar a veces de forma descompuesta, llevándonos a ence-

<sup>22</sup> *La Stampa*, 5 de abril de 2020; la traducción es nuestra.

<sup>23</sup> *la Repubblica*, 11 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

rrarnos, a desesperar. Lo ha puesto de manifiesto Ilvo Diamanti, siempre atento al mar de fondo de nuestra sociedad: «Vivimos en el “tiempo del miedo”. [...] Porque la inseguridad, la incertidumbre nos acompañan desde hace muchos años. Probablemente, desde siempre. [...] Y así el miedo ha entrado en nuestra vida. En nuestro mundo. Mucho antes de que irrumpiese el coronavirus. [...] Lejos de los demás. Cada vez más solos. [...] Corremos el riesgo de perder la esperanza. Y a nosotros mismos»<sup>24</sup>. Pero sucumbir al miedo no es el único camino.

### *¿Qué quiere decir?*

En momentos como estos queda al descubierto el camino de maduración que cada uno ha hecho, personalmente y junto a otros, la conciencia de nosotros mismos que hemos alcanzado, la capacidad o incapacidad para afrontar la vida que tenemos entre manos. Nuestras pequeñas o grandes ideologías, nuestras convicciones, incluso las religiosas, se ponen a prueba. La costra de

<sup>24</sup> *la Repubblica*, 9 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

las falsas seguridades muestra sus grietas. Es en estas ocasiones donde se entiende que «la fuerza de un sujeto radica en la intensidad de su autoconciencia, es decir, de la percepción que tiene de los valores que definen su personalidad»<sup>25</sup>, en la claridad con la que se percibe a sí mismo y aquello por lo que merece la pena vivir.

*¿Qué quiere decir, y cómo se concreta, estar humanamente delante de esta circunstancia que, lo queramos o no, nos afecta a todos, aunque de modos muy distintos, unos en primera línea luchando contra la enfermedad (enfermos, médicos y personal sanitario), otros garantizando los servicios esenciales (desde los trabajadores de los supermercados hasta las fuerzas de orden público), compartiendo situaciones de necesidad (voluntarios, religiosos y muchos otros), o encerrados en casa obedeciendo las reglas del aislamiento y «distanciamiento social»?*

Hay un punto que nos une a todos, y es la disponibilidad para aceptar la llamada que

<sup>25</sup> L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 151.

viene de la realidad. Independientemente de que estemos en una u otra situación de todas las que hemos enumerado, cualquiera que sea la tarea que se nos ha confiado o que hemos decidido llevar a cabo, lo que sucede –es decir, el trozo de realidad que nos afecta y nos rodea– nos interpela, nos llama a responder. No tenemos otro lugar en el que jugarnos la vida como significado, como destino; no tenemos otro modo de caminar hacia nuestro cumplimiento fuera de las circunstancias en las que nos encontramos. Esto, me permito decir, vale para todos. En su libro más conocido, *El sentido religioso*, don Giussani afirma: «La única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente la realidad»<sup>26</sup>. La suya es una concepción de la religiosidad que nos impulsa a reconocer cualquier circunstancia como llamada, es decir, como vocación.

La circunstancia, lo que instante tras instante nos concierne y nos provoca, es la concreción de una realidad que no hacemos nosotros, que remite, en cuanto origen último, a algo distinto más allá de nosotros, más grande que nosotros, a ese insondable origen que llamamos justamente Misterio.

<sup>26</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 156.

La religiosidad se manifiesta como intuición vivida del Misterio, de esa enigmática inconmensurabilidad en relación con cualquier situación difícil de la realidad. Por ello, dice también Giussani, «vivir la vida como vocación significa tender hacia el Misterio a través de las circunstancias por las que el Señor nos hace pasar, respondiendo a ellas. [...] La vocación es caminar hacia el destino abrazando todas las circunstancias a través de las cuales te hace pasar el destino»<sup>27</sup>. Giussani era perfectamente consciente del vértigo que esto introduce en la vida: «El hombre, la vida racional, debería estar pendiente del instante, pendiente en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias a través de las cuales me arrastra ese desconocido “señor” y me convoca a sus designios. Y tendría que decir “sí” a cada instante sin ver nada, simplemente obedeciendo a la presión de las circunstancias. Es una posición que da vértigo»<sup>28</sup>. Es difícil encontrar una expresión más adecuada para describir la situación en la que nos encontramos

<sup>27</sup> L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 63-64.

<sup>28</sup> L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 195.



cuando estamos realmente delante de lo que sucede: estar pendientes «en todo momento de estos signos tan aparentemente volubles, tan casuales, como son las circunstancias». Y sin embargo, sostengo que esta es la única actitud racional, porque a través de esas circunstancias el Misterio, ese «desconocido “señor”», nos interpela, nos provoca a su designio misterioso, es decir, al cumplimiento de la vida.

*Con frecuencia advertimos las circunstancias, ciertas circunstancias, exclusivamente como un obstáculo para nuestra propia realización...*

Se trata de una cuestión permanente. Hoy es el aislamiento a causa del coronavirus, o una situación que puede presentarse todavía más grave y difícil, mañana será el estudio demasiado exigente o el trabajo que hacemos y que nunca habríamos elegido, o una falta de éxito allí donde lo habríamos esperado, un rechazo afectivo, un amigo o un compañero entrometido, una enfermedad: siempre habrá algo que aparezca como un obstáculo para la realización de nuestra vida, mientras que es –de forma dramática y vertiginosa– el

lugar en el que se juega el cumplimiento de la vida, nuestra relación con el Misterio. Se trata, podríamos decir, de una cuestión objetiva, no de una elección. Lo que podemos elegir es reconocer esto o no.

*¿Qué puede sostenernos en este «vértigo»?*

Una compañía humana. Una determinada compañía humana, mejor dicho. Esta respuesta nos conduce a un examen atento de nuestra vida social para ver quién representa una ayuda y quién una distracción con respecto a ese vértigo. El aislamiento es una ocasión paradójica para comprender cuál es la compañía que alimenta nuestra existencia en lo más hondo. Me refiero a una compañía no extrínseca, no yuxtapuesta a la vida, que no anestesia las preguntas que urgen dentro de nosotros, sino que, al contrario, nos sostiene para mirarlas cara a cara sin huir.

Desde este punto de vista, se ve sometida a examen cualquier compañía, ya sea cristiana o laica, la de los compañeros de colegio o de universidad, la de los amigos del bar o la de los compañeros de trabajo, la de la familia, etc. ¡Cuántas veces claudicamos ante nuestras exigencias y bajamos el listón,

conformándonos con un ámbito de relaciones que nos proteja del impacto de las cosas, que nos ahorre el desafío de las circunstancias, en lugar de empujarnos a vivirlo! Pero una compañía semejante no puede estar a la altura del drama: en momentos como los que estamos atravesando, en los que la urgencia de la vida se vuelve ineludible y potente, esto resulta más evidente que nunca.

*Si el miedo nos invade, ¿qué puede vencerlo?*

Quizá la experiencia más elemental de la que disponemos en este sentido es la del niño. ¿Qué vence el miedo en un niño? La presencia de su madre. Este «método» vale para todos. Es una presencia, no nuestras estrategias, nuestra inteligencia, nuestro valor, lo que mueve y sostiene la vida de cada uno de nosotros. Una presencia, la memoria activa de ella.

Antonio Polito subrayaba el valor de la metáfora de la madre con el niño como respuesta al miedo ante el coronavirus: «Veo la necesidad de tener confianza en algo más grande que nosotros que nos ama infinitamente y por tanto nos protege. Exactamente como hacíamos de niños»; y hacía referencia

a la imagen artística de la Virgen de la Misericordia, que «abre su manto y resguarda a su pueblo»<sup>29</sup>.

*¿Y cuando el miedo es el de la oscuridad de la muerte?*

La dinámica no puede dejar de ser la misma, porque lo humano tiene sus leyes. Pero frente al miedo profundo, ese que nos paraliza en el fondo de nuestro ser y que nos las agenciamos para expulsar lo más lejos posible (el miedo a la muerte y a cualquier reflejo suyo en la vida), hay que preguntarse qué presencia es capaz de vencerlo. No cualquier presencia. Por este motivo Dios se ha hecho hombre, se ha convertido en una presencia histórica, carnal, cercana, un compañero de camino. Solo el Dios que entra en la historia como hombre puede vencer el miedo profundo, como nos lo ha testimoniado (y testimonia) la vida de sus discípulos, y como narra el Evangelio. Para compartir los sufrimientos humanos Dios se ha hecho hombre, «un hombre llamado Jesús, de Nazaret, hijo de María, que [...] aquella vez en

<sup>29</sup> *Huellas-Litterae communionis*, n. 4/2020, p. 13.

Naín, al ver a una madre viuda que acompañaba al sepulcro el féretro de su hijo muerto, se había sentido atrapado por la emoción y, acercándose a ella, le había puesto una mano en el hombro diciéndole: “Mujer, no llores”, una extraña incongruencia. Y que luego resucitó a su hijo. Pero, ¿cómo se le puede decir a una viuda cuyo hijo ha muerto: “No llores”? Es absurdo. Y, sin embargo, era este “absurdo” lo que dejaba a la gente con la boca abierta»<sup>30</sup>. ¡Quién sabe cómo se sentiría aquella mujer, inmersa en un abrazo que superaba cualquier sentimiento humano y le devolvía la esperanza! Aquella muerte no era el final de todo, aquella madre viuda no estaba condenada a permanecer sola, porque la semilla de la resurrección estaba presente en aquel hombre que le decía esas palabras inauditas y que inmediatamente después le devolvió a su hijo vivo.

*Entonces, ¿cuál es la respuesta del cristianismo al drama del hombre, de la soledad, del dolor, de la enfermedad, a las situaciones que no tienen respuesta, como tantas de las que*

<sup>30</sup> L. Giussani, S. Alberto, J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 57.

*hemos visto suceder en gran número estos días?*

Paul Claudel hace una provocadora observación al respecto: «Una pregunta se presenta continuamente ante el ánimo del enfermo: “¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué tengo que sufrir?” [...]. A esta terrible pregunta, la más antigua de la humanidad, a la que Job dio su forma casi oficial y litúrgica, solo Dios, directamente interpelado y llamado a juicio, era capaz de responder; y la cuestión era tan enorme que solo el Verbo podía afrontarla, proporcionando no una explicación sino una presencia, según estas palabras del Evangelio: “Yo no he venido a explicar, a disipar las dudas con una explicación, sino a llenar, o mejor, a reemplazar con mi presencia la necesidad misma de la explicación”. El Hijo de Dios no ha venido para destruir el sufrimiento, sino para sufrir con nosotros»<sup>31</sup>.

Dios no ha respondido al problema de la vida, de la soledad, del sufrimiento, con una explicación, sino con su Presencia: ha venido al mundo para acompañarnos, se ha he-

<sup>31</sup> *Toi, qui es-tu?*, Gallimard, París 1936, pp. 112-113; la traducción es nuestra.

cho compañía para el hombre en cualquier situación en la que este se encuentre, para que el hombre pueda estar en pie ante ella, pueda atravesarla con una indestructible positividad última. Como dijo Benedicto XVI en una famosa homilía, «solo este Dios nos salva del miedo del mundo y de la ansiedad ante el vacío de la propia vida. Solo mirando a Jesucristo, nuestro gozo en Dios alcanza su plenitud, se hace gozo redimido»<sup>32</sup>.

*Tú hablas de «indestructible positividad»...  
¿Cómo es posible?*

Me imagino la alegría de aquella viuda cuando vio que le devolvían vivo a su único hijo; un hijo que volvería a morir antes o después, al igual que ella. El problema volvería a presentarse. Pienso entonces en la experiencia de san Pablo cuando, encadenado en una cárcel de Roma a la espera de una sentencia que podría significar su muerte, lleno de gratitud y de alegría, escribía a los de Filipo —a los que «lleva en el corazón» y por los que siente «un gran afecto»— palabras que a la mayoría le parecerían absurdas: «Para mí

<sup>32</sup> Benedicto XVI, *Homilía*, Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

la vida es Cristo y el morir una ganancia». ¿Cómo era posible? Él había visto a Cristo vivo, resucitado, definitivamente victorioso sobre la muerte: de ahí nacía su certeza, su alegría, su forma de vivir aquella circunstancia como cualquier instante de su existencia («ya vivamos, ya muramos»). Todo estaba determinado por la relación con esa Presencia. Ahora bien –lo digo pensando en lo que está sucediendo estos días, que afecta también a muchos cristianos–, Cristo no elimina el drama y el dolor por la separación de nuestros seres queridos, pero hace posible un modo distinto de vivirlo y de estar ante la muerte en el que no domina la nada, sino la certeza de su Presencia victoriosa, de un abrazo sin fin, y por tanto del cumplimiento de la vida, de la relación definitiva con Él. Pero solo puede ser así para quien ha visto brotar en su experiencia los signos de ese cumplimiento y crecer un deseo sobre todos los demás, el de «estar con Cristo, que es con mucho lo mejor»<sup>33</sup>. No por un desprecio de la vida, sino precisamente por un amor a la vida que pide la eternidad.

<sup>33</sup> Fil 1,21.23.



*Pero, ¿cómo puede el hombre, viendo lo que está sucediendo, inmerso como está en la mentalidad que respiramos, reconocer hoy la verdad de estas afirmaciones?*

Tales afirmaciones solo se vuelven creíbles si vemos aquí y ahora a personas en las que se documente la victoria de Dios sobre el miedo y sobre la muerte, su Presencia real y contemporánea, y por tanto un modo nuevo de afrontar las circunstancias, lleno de una esperanza y de una alegría normalmente desconocidas y, a la vez, orientado hacia una laboriosidad indómita.

Más que cualquier discurso tranquilizador o receta moral, lo que necesitamos es toparnos con personas en las que podamos ver encarnada la experiencia de esta victoria, de un abrazo que permite estar ante la herida del sufrimiento, del dolor, en las que se testimonie la existencia de un significado proporcional a los desafíos de la vida.

*¿Existen personas así?*

¡Existen, y tanto que sí! Y en momentos como el actual resulta aún más inmediato reconocerlas por su forma distinta de vivir,

por la esperanza que portan. Junto a ellas, allí donde estén, podremos volver a empezar más fácilmente, levantarnos de nuestras caídas, reconstruyendo pedazo a pedazo un tejido social donde la sospecha y el temor al contacto con el otro no sean la última palabra.

Veo a muchas personas así entre médicos, enfermeros y enfermeras. Son presencias verdaderamente «amigas», que nos testimonian un camino posible; son presencias que no programamos nosotros, tan excepcionales –aun dentro de las circunstancias de todos– que nos dejan sin palabras, en silencio. Como la persona que ha escrito la carta que ahora cito. He dudado si reproducirla aquí o no, porque contiene una referencia que me afecta, pero me ha parecido que valía la pena igualmente.

«De repente me he visto catapultada a la trinchera. Parece que estamos en guerra. Mi situación laboral y familiar cotidiana ha cambiado en un día. Como médico, como madre, como mujer me veo durmiendo aislada de mi marido, sin ver a mis hijos desde hace dos semanas, sin poder tener un contacto directo con el paciente. Entre mis enfermos y yo hay una mascarilla, una visera y su escafandra. Con frecuencia son ancianos

que viven solos este momento. Tienen miedo. Mueren solos. Y los familiares, aislados en casa, no pueden asistir a su ser querido, y reciben por la noche una llamada en la que les comunico la muerte de su familiar: entre ellos y yo hay un teléfono de por medio. ¿Qué puedo hacer por ellos humanamente, como cristiana? Entro en la planta, busco una sonrisa y el abrazo de una enfermera amiga: en este momento de aislamiento también necesito sentirme físicamente unida a alguien. Y solo puedo abrazar a mis compañeros. Frente a todo esto, me sostiene leer todos los días la carta de Carrón en el *Corriere della Sera*<sup>34</sup>, que me ayuda a ponerme nuevamente en una posición de apertura, a preguntarme qué es lo que, en el fondo, se mantiene en pie. Soy llamada a reconocer lo esencial, la verdad. También está todo el recorrido que hemos hecho con el texto de la Escuela de comunidad [la catequesis permanente en el movimiento de Comunión y Liberación; *ndr*]: la prueba es el método con el que puede crecer la fe si la libertad se pone

<sup>34</sup> «Cómo aprendemos a vencer el miedo en medio de las dificultades», 1 de marzo de 2020, p. 32; la traducción en español se publicó el 3 de marzo de 2020 en *elmundo.es*

en juego frente a esa preferencia que nos lo pide todo. Y esto da vértigo. Tenemos que fiarnos y asumir este riesgo. La certeza que sostiene nuestra vida es un vínculo, y tenemos que hacer un camino para llegar a esta certeza afectiva. Las circunstancias se nos dan para apegarnos más a Él, que nos está llamando de forma misteriosa. La fe es fiarse de que Él nos está llamando. “Solo cuando domina en nosotros una esperanza fundada somos capaces de afrontar las circunstancias sin huir”. Somos llamados más que nunca a responderle a Él, que nos llama de forma misteriosa. Esta es la certeza que puedo ofrecer a mis enfermos, a los familiares, además de proporcionar los cuidados médicos necesarios».

Son personas que comunican una certeza, una esperanza fundada a cualquier persona que encuentran en su camino, y solo pueden hacerlo porque la viven.

*En definitiva, no basta con un discurso «cristiano»...*

Solo vale el testimonio, la documentación de la diferencia humana que genera el encuentro cristiano reconocido y vivido. Y no

podemos «inventarnos» testimonios, solo podemos comunicar, ofrecer a los demás lo que nosotros experimentamos como camino personal. Recientemente he hablado con una mujer cuyo marido tiene coronavirus. No puede ir a verlo, no puede estar con él ni siquiera un minuto. Además tiene una niña pequeña. Me decía: «¿Lo ves? En este momento habría podido ofrecerle mi ayuda, mi cercanía, y sin embargo estoy aquí, bloqueada, con mi hija». Yo trataba de decirle: «Es necesario que tú también aceptes responder a la circunstancia que tienes, igual que está tratando de hacer tu marido con respecto a la realidad que tiene que afrontar. De no ser así, si tú no haces un camino, si no vives tú la relación con una Presencia que vence el miedo, cuando lo llames a través de *FaceTime* para que os vea a ti y a tu hija, ¿qué ayuda podrás ofrecerle? Solo podrás apoyarle en su dificultad, solo podrás ayudarle mientras sufre en el hospital a causa del coronavirus si haces tu camino. Aunque no le digas ni una palabra, por tu cara podrá ver la esperanza que puede sostenerlo a él».

*¿Qué suscitan en ti las personas que, como se dice, están en primera línea en la lucha contra*

*el coronavirus, expuestas al riesgo cotidianamente?*

He asistido en estas semanas a una explosión de generosidad, de entrega y de atención que me han conmovido profundamente. Lo que experimento ante los que comparten la necesidad de sus hermanos los hombres, corriendo ellos mismos un riesgo, es una gratitud inmensa.

«Cuando vemos a otros que están peor que nosotros, nos sentimos empujados a ayudarles con algo nuestro. Esta exigencia es original y natural en el hombre; prueba de ello es que la descubrimos antes incluso de ser conscientes de ella y de considerarla, con razón, como una ley de la existencia. [...] Interesarnos por los demás y entregarnos a ellos nos permite cumplir el deber supremo de la vida –más aún, el único–, que es realizarnos a nosotros mismos, que nuestra vida se cumpla»<sup>35</sup>. El encuentro cristiano tiene la finalidad de sostener y hacer cada vez más estable y verdadero este impulso humano, de exaltar la humanidad del hombre para que la vida pueda llegar a ser caridad en

<sup>35</sup> L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, en Publicaciones, [clonline.org](http://clonline.org), pp. 5-6.

cada expresión suya, don conmovido y gratuito de sí.

*Este periodo de soledad forzosa, esta «circunstancia», ¿no es un obstáculo para la experiencia cristiana de la que has hablado? El «distanciamiento social» impone un distanciamiento incluso de esas «presencias» a las que te referías antes, una disminución de la posibilidad de compartir, de acompañarse...*

Al contrario, puede ser una gran ocasión para profundizar en la experiencia cristiana, para madurar en la fe, es decir, para descubrir el contenido del encuentro que hemos tenido, del origen de esa compañía que empezamos a experimentar un día como el lugar que generaba nuestra consistencia como personas. Si no se produce este descubrimiento nos quedamos en la superficie, corremos el riesgo de reducir sociológicamente el acontecimiento cristiano, de vaciar la compañía de su auténtico significado. Trato de explicarme con un episodio. Un joven amigo mío ha terminado la carrera y ha empezado una nueva vida. Como consecuencia de ello, ya no nos podemos ver tan a menudo como cuando iba a la universidad.

Hace poco se quejaba de esto conmigo. Le recordé un pasaje del Evangelio. Un día los discípulos estaban en la barca con Jesús y se dieron cuenta de que se habían olvidado el pan. A pesar de que habían sido testigos de dos milagros grandes como una casa –dos multiplicaciones de panes como no había sucedido nunca en la historia–, empezaron a pelearse entre ellos porque se habían olvidado los panes. ¡A mi joven amigo le hacía ver que Jesús estaba ahí, junto a ellos, en la barca! ¡Y ellos seguían quejándose! El problema no es que estuviesen solos, porque Jesús estaba con ellos, sino que para ellos era como si no estuviese. Y de hecho discutían entre ellos porque no tenían pan. Para mostrarles dónde está el problema, Jesús no hace otro milagro. ¿Para qué habría servido hacer otro, después de todos los que ya habían visto? ¿Cómo les ayuda Jesús? Les plantea tres preguntas. La primera: «¿Cuántos panes sobraron después de la primera multiplicación?». A continuación: «¿Cuántos sobraron después de la segunda?». Y finalmente: «¿Todavía no comprendéis?»<sup>36</sup>. ¡Qué valiosa es la contribución que ofrece Jesús a sus amigos sin ahorrarles las pregun-

<sup>36</sup> Cf. Mc 8,19-21.



tas! No añade explicaciones, no realiza otros milagros, sino que les invita, desde dentro de su experiencia, a usar la razón hasta el fondo, de modo que puedan darse cuenta de quién es la persona con la que se han encontrado (¡tenían con ellos al dueño de la “panadería”!). Si no habían entendido, atención, no era porque estuviesen solos o porque no dispusiesen de elementos suficientes, sino porque todavía no habían usado bien la razón. De hecho, Jesús se les había desvelado en muchas ocasiones, algunas dramáticas, a través de los signos que habían visto, de una respuesta excepcional, que correspondía por fin al corazón, a su necesidad humana y a la de todos, pero ellos todavía no habían reconocido quién era, con ese reconocimiento que se llama fe y que «florece sobre el límite extremo del dinamismo racional como una flor de gracia a la que el hombre se adhiere con su libertad»<sup>37</sup>.

La fe cristiana no es el reconocimiento de lo «divino», sino de lo «divino presente» en lo humano, en Jesús de Nazaret, en Cristo, y hoy en ese signo de Cristo que es la compañía de los que creen en Él. «El aconteci-

<sup>37</sup> L. Giussani, S. Alberto, J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 2019, p. 46

miento de Cristo permanece en la historia a través de la compañía de los creyentes»<sup>38</sup>; «Jesucristo, aquel hombre de hace dos mil años, se oculta –o se presenta– bajo el aspecto de una humanidad diferente. El encuentro, el impacto inicial, se produce con una humanidad diferente»<sup>39</sup>, con el fenómeno de una humanidad distinta: uno se topa con ella y sorprende en ella un presentimiento nuevo de vida, algo que hace crecer la posibilidad de tener certeza, positividad, esperanza, y de que la vida sea útil. A muchos de nosotros nos puede haber sucedido este «impacto» sin que haya madurado ese reconocimiento que se llama fe, que florece como gracia en el límite extremo de la dinámica racional, implicando por tanto todo el recorrido de la razón, del afecto y de la libertad del hombre. Esta circunstancia de aislamiento forzoso, justamente porque nos invita a no dar por descontada la realidad humana con la que nos hemos topado, puede ser una gran ocasión para desarrollar este recorrido de forma más consciente y personal, para caer en la cuenta de la naturaleza del acontecimiento que nos

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 55.

<sup>39</sup> L. Giussani, «Algo que se da antes», *Huellas-Litterae communionis*, n. 10/2008, p. 1.

ha alcanzado con la forma de un encuentro humano fascinante y persuasivo. Podemos aprovechar la ocasión o bien abandonarnos a la queja, como los discípulos en la barca.

*En todo caso, en esta situación de aislamiento forzoso se da el hecho de no poder compartir el dolor, el sufrimiento de nuestros seres queridos, de tener que abandonarlos en un hospital...*

Es la cuestión que me planteaba una chica de Madrid durante el encuentro con algunos universitarios con los que me conecté por videoconferencia la última semana de marzo. Decía: «Estos días mi abuelo está en el hospital, probablemente morirá, y en nuestra familia tenemos una gran pregunta, porque no podemos estar allí con él; no solamente se está muriendo, sino que lo está haciendo solo. Yo siento toda mi impotencia y me digo: “¿Por qué no puedo estar con él? ¿Por qué no puedo hacerle compañía ahora?”». Aquí es evidente que la circunstancia requiere y en cierto sentido impone un sacrificio: lo que querríamos hacer no es realizable, se nos impide. Pero la clave es de nuevo si la circunstancia, tal como se nos

da, es decir, en su aspecto inevitable –no la podemos eliminar, cambiar, modificar, pues de otro modo, sobre todo en casos como estos, procuraríamos hacerlo enseguida y con sensatez–, es una tumba, un vacío absoluto, pura destrucción, o es vocación, el lugar de una misteriosa llamada, el modo con que el Misterio, que implica toda la realidad, me provoca al cumplimiento de la vida, a caminar hacia el destino. Esta es la alternativa.

Si reconoce la realidad como una llamada, esa chica puede decir, como de hecho ha dicho, prosiguiendo su intervención: «También esta circunstancia es para mí. También esta impotencia es para mí. También la soledad de mi abuelo en el hospital es para él. A mí se me pide la disponibilidad para adherirme a ese signo del Misterio que son las circunstancias, para seguir la provocación de la realidad». Es algo que da vértigo, decía antes, y es dramático. El Misterio se ha hecho carne para que el hombre pueda sostener este vértigo, atravesar y abrazar este drama. Esa chica lo testimonió delante de todos los que la escuchaban. El «sí» a la circunstancia se convierte en el «sí» al Misterio hecho carne, a ese hombre, Jesucristo, muerto y resucitado, presente aquí y ahora –dos mil años después– en la carne de una compañía humana generada

por Él, que se distingue por ciertos rasgos inconfundibles de humanidad. «La verdad de la fe», decía Giussani en 1972, en un momento histórico lleno de dificultades, se ve por la «capacidad de convertir en instrumento y ocasión de maduración» lo que parece «objeción, persecución o, en cualquier caso, dificultad»<sup>40</sup>.

*Entonces, quien está confinado entre las paredes de su casa, ¿está llamado a la misma experiencia que quien está en primera línea?*

El corazón de la experiencia no cambia. Se trata de responder a la realidad que nos llama, a su misteriosa profundidad, se trata de dar, a través de las circunstancias que se nos dan, un paso hacia nuestro destino, hacia nuestro cumplimiento, descubriendo qué y quién nos ayuda a mantenernos en esta tensión. Estoy pensando ahora en un joven universitario que, hasta hace unas semanas, era el centro de un torbellino de relaciones, siempre fuera de casa, implicado en mil encuentros e iniciativas. De repente, el decreto

<sup>40</sup> L. Giussani, «La larga marcha de la madurez», *Huellas-Litterae communionis*, n. 3/2008, p. 31.

del gobierno le obliga, como a todos, a «aislarse» en su casa. Días y días, veinticuatro horas, en contacto con sus padres. En lugar de percibir esto como una desgracia, lo acoge como una posibilidad, una provocación en el sentido al que acabamos de aludir. Y después de dos semanas me escribe:

«Ante la perspectiva de permanecer en casa me invadió el miedo, porque yo siempre he tratado de escapar de mi casa, nunca me he sentido demasiado a gusto ahí. Sin embargo me acordé de la mirada de gratuidad que he recibido estos años en el encuentro con ciertas personas de la comunidad, y de los momentos en los que en este periodo he sido capaz de estar delante de mis padres sin “medirlos”. Y me doy cuenta de que esto ha sucedido cuando he reconocido a Cristo presente a lo largo del día: solamente en esos momentos soy libre frente a todo. He empezado este aislamiento rezando como nunca. Decía: “Señor, te lo pido, hazte presente”. Lo que me está sorprendiendo es que he empezado a ver que el defecto nunca ha estado del todo en ellos, sino que estaba sobre todo en mí, porque los miraba según una imagen de perfección, los comparaba con otros y los descalificaba. En estos días he empezado a “mirarlos”, me he dado cuenta de quiénes

son. Hasta ahora había estado frente a ellos creyendo que lo sabía todo de ellos, y ni siquiera intentaba entablar una conversación, pasar tiempo con ellos. En cambio, en estos días ellos son mis compañeros de vida y están sucediendo cosas que nunca habría imaginado».

Este chico no ha podido seguir tratando a sus padres según la imagen de familia que tenía. La convivencia estrecha –aceptada, vivida como vocación– le ha empujado a hacer cuentas con ellos tal como son de verdad, y esto ha sido una ganancia para su vida, ha visto enseguida sus efectos. Ha dicho que sí al desafío de la realidad y por eso ha dado pasos inesperados.

Al adherirnos a las circunstancias, al ir hasta el fondo de ciertas situaciones –a las que nos vemos «obligados» a la fuerza–, podemos descubrir cosas que marcan un punto de no retorno en nuestra vida. Lo ha testimoniado recientemente una joven universitaria que, en otro encuentro por videoconferencia, contaba:

«Hace algunas semanas, después de un año de enfermedad, murió mi madre. Exactamente una semana después del funeral me he tenido que encerrar en casa sola. Mis hermanos viven en el extranjero y mi padre sale

de casa a las 6:30 de la mañana para trabajar en el hospital y vuelve a las 8:30 de la tarde. En estos días de soledad, que no niego que me están costando mucho, me doy cuenta sin embargo de que esta situación y condición puede ser privilegiada. Para no perder todo el día me veo obligada a preguntarme, desde que abro los ojos, qué es lo que necesito de verdad. A algunos amigos les he pedido que me acompañen y que me cuenten lo que están viviendo. Además, esta condición me impide distraerme de la muerte de mi madre, más aún, ocuparme torpemente de las cosas de la casa me trae a la mente sus gestos y sus palabras, las veinticuatro horas del día. Sin embargo, en el dolor que veo que aumenta cada vez más a medida que pasan los días, me doy cuenta de que mi madre, aunque de un modo distinto, está presente en mi vida, me hace moverme en días que aparentemente son iguales. Funciona exactamente como con mi novio, que no está físicamente conmigo, pero está, viviendo la cuarentena a kilómetros de distancia, y solo el hecho de que esté y me venga a la cabeza hace que me mueva. La vida que se ha generado en mí después de la muerte de mi madre –estoy pasando esta soledad haciendo simplemente lo que tengo que hacer,



pero con una serenidad de fondo que no consigo explicarme— me hace decir, aunque me tiemblen las piernas, que Cristo hace realmente que la vida venza sobre la muerte. En estos días hay en mí una enorme gratitud por todo lo que ha pasado. A la vez crece también en mí un dolor, porque mi padre vuelve del hospital por las noches devastado, con una nostalgia infinita de mi madre, y nuestras cenas transcurren siempre en silencio. Mi impotencia me hace estar triste, me pregunto qué se me pide en esta circunstancia, qué significa realmente “ofrecer” el hecho de poner una lavadora o de estudiar una página».

¿Qué ayuda podrá ofrecer esta joven a su padre cuando este llegue a casa por las noches agotado y sin ganas de hablar? Justamente el camino que está haciendo, la conciencia de sí misma que está brotando en ella y lo que le permite vivir, su rostro marcado por la gratitud.

*En una carta que has escrito recientemente a los amigos de Comunión y Liberación en relación con esta situación marcada por el coronavirus, dices: «El reconocimiento de Cristo y nuestro “sí” a Él, incluso en el aislamiento*

*en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre, antes de cualquier intento legítimo de hacerse compañía, cosa que hay que buscar dentro de los límites de lo permitido». ¿Puedo pedirte que expliques a qué te refieres?*

Quería decir que la mayor contribución que nosotros ofrecemos al mundo es nuestro «sí» a la llamada del Misterio, nuestro «sí» a Cristo, la fe, y no en primer lugar lo que somos capaces de hacer. De hecho, incluso cuando hacemos –como todos los que en estos días se encuentran en primera línea–, nuestra mayor contribución sigue siendo este «sí», porque en la medida en que lo vivimos más auténticamente, cambia el modo mismo de hacer lo que hacemos, lo vuelve todavía más útil para nuestros hermanos los hombres. Quiero que quede claro que no existe ninguna oposición entre la fe y la acción, sino al contrario: la fe es lo que funda la acción en su plenitud y en su carácter indomable, es la raíz de esa acción que asume –por gracia– la forma de la caridad, de una afirmación incondicional del bien del otro, que se explicitará de modo distinto según las ocasiones. La contribución más

original que podemos ofrecer al mundo es nuestro reconocimiento de Cristo, nuestro «sí» a Él, tanto si podemos hacer algo como si nos vemos imposibilitados para actuar. En la cuaresma de 2006 Benedicto XVI lo expresó en términos que todos recordamos: «Hoy, en el contexto de la interdependencia global, se puede constatar que ningún proyecto económico, social o político puede sustituir el don de uno mismo a los demás en el que se expresa la caridad. Quien actúa según esta lógica evangélica vive la fe como amistad con el Dios encarnado y, como Él, se preocupa por las necesidades materiales y espirituales del prójimo. Lo mira como un misterio inconmensurable, digno de infinito cuidado y atención. Sabe que quien no da a Dios, da demasiado poco; como decía a menudo la beata Teresa de Calcuta: “la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo”. Por eso es preciso ayudar a descubrir a Dios en el rostro misericordioso de Cristo: sin esta perspectiva, no se construye una civilización sobre bases sólidas»<sup>41</sup>.

La situación de aislamiento y de inacción forzosa que muchos estamos viviendo puede ser una ocasión para darse cuenta de que

<sup>41</sup> Benedicto XVI, *Mensaje para la Cuaresma 2006*.

la fe vivida es la contribución original que, como cristianos, podemos ofrecer a los demás: porque si en nuestro intento de hacer compañía –dentro de los límites que hoy se nos imponen– no se transparentase Cristo, nuestro «sí» a Cristo, daríamos al otro «demasiado poco», no le daríamos lo esencial. Por eso, incluso en el aislamiento en el que cada uno de nosotros podría verse obligado a estar, nuestro «sí» a Cristo constituye ya hoy la contribución para la salvación de cada hombre, antes de cualquier intento legítimo de hacerse compañía, pues es su corazón.

*Esto cambia radicalmente la imagen que normalmente tenemos de nuestra contribución al mundo, al bien de las personas, empezando por las más queridas. Es la razón por la que muchos se sienten un poco inútiles. En definitiva, la imposibilidad de «hacer» desanima un poco...*

Pienso siempre que santa Teresita del Niño Jesús, una monja de clausura que murió jovencísima, fue proclamada por la Iglesia patrona de las misiones. ¿Cómo es posible? ¿Qué dice la Iglesia de ella? Que su «sí» –escondido, inoperante según la mentalidad del

mundo— coincidía con el bien del mundo. Entiendo que esto descuadra la imagen que normalmente tenemos de la contribución que podemos ofrecer a los demás. ¿Cómo es posible que una joven que nunca salió del monasterio pueda ser indicada por la Iglesia como la mayor misionera, la patrona de las misiones? Parece absurdo. Y en cambio el «sí» de aquella pequeña monja ha tenido un poderoso significado para el mundo. Pensemos aunque sea en toda la gente que ha cambiado directa o indirectamente por su fe, por su testimonio de vida. Como repito a menudo, el «sí» de la Virgen, dentro de la enigmática oscuridad de su condición, ha sido la mayor contribución a la vida del mundo y de cada hombre, como para nosotros el «sí» de don Giussani y de tantos otros.

En estos días he leído el libro *Van Thuan. Libre entre rejas*, de Teresa Gutiérrez de Cabiedes<sup>42</sup>, que narra la historia de un gran testigo de la fe, una vida gastada en la adhesión coherente y heroica a la propia vocación, como dijo de él el papa Juan Pablo II. En 1975 François Xavier Nguyen van Thuan,

<sup>42</sup> T. Gutiérrez de Cabiedes, *Van Thuan. Libre entre rejas*, Ciudad Nueva, Madrid 2016.

poco después de su nombramiento como arzobispo coadjutor de Saigón (Ho Chi Minh Ville, Vietnam), es acusado de traición y arrestado: «Nguyen van Thuan [...] te hemos mandado traer por causar problemas al Gobierno del pueblo soberano de Vietnam. Se te acusa de propaganda imperialista y de ser un infiltrado de potencias extranjeras». Pasará trece años en prisión, nueve de ellos en régimen de aislamiento. Me ha impresionado cómo vivió esa circunstancia. Encerrado en una cárcel horrible, también él se preguntaba qué utilidad podía tener su vida: «¿De qué me sirve conservar la vida si no puedo cumplir la misión para la que he nacido?». Por ello, «postrado en el suelo, volvió a clamar a Dios, pidiéndole que lo librara. [...] “He dejado solos a mis huérfanos, a mis pobres, a mi familia. [...] Y ahora, ¿qué sentido tiene revolverme aquí como un insecto?”». Todo le parecía inútil, pero el Misterio tenía una sorpresa reservada para él. En su diálogo interior con Dios, escucha una voz que le dice: «Lo que has hecho es grande. [...] Te quejas de que no puedes trabajar para mí... ¿Por qué no me abandonas tus trabajos? ¿Me amas... o amas las obras que haces por mí? [...] Tú te preocupas por los tuyos. Porque los amas. ¡Cuánto más es-

toy yo deseando ayudarlos! Confía en mí. Yo me encargaré de tus obras ahí fuera»<sup>43</sup>.

Él vio el resultado de su «sí» con el tiempo, porque al principio no podía imaginar lo que nacería de su entrega. Solo cuando aceptó recorrer el misterioso camino que se había dibujado delante de él, vio con sorpresa que todos aquellos a los que conocía en la prisión cambiaban. Sobre todo los guardias que lo vigilaban. Hasta tal punto que los oficiales los sustituían continuamente, porque no eran capaces de evitar el «contagio», no conseguían evitar que las personas que entraban en contacto con Van Thuan cambiasen. «Todos quieren compartir celda contigo», le grita el responsable de la cárcel, «pero no pienso dejar que vayas contaminando a todos mis prisioneros»<sup>44</sup>. A veces este florecimiento es evidente ante nuestros ojos, otras veces no, pero esto no quiere decir que ese «sí» al Misterio no produzca efectos en el presente.

Lo que más me ha impresionado es el momento en el que Van Thuan se pregunta por qué permite el Misterio que atraviese esa

<sup>43</sup> *Ibidem*, pp. 10, 71-73.

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 193.

circunstancia. Era la misma pregunta que le hacían los guardias, que no se explicaban por qué persistía en su actitud cuando, si se hubiese arrepentido de «haber traicionado» a su patria, habría sido liberado y habría podido tener un futuro espléndido. Cuanto más nos desafían las circunstancias, más se pone de manifiesto la pregunta del porqué. En el enésimo interrogatorio al que le somete quien lo tiene encerrado, responde que ha tenido el tiempo suficiente para reflexionar si era un error persistir en esa actitud suya, es decir, la de fiarse del designio de Otro, y añade que cuanto más lo piensa, más feliz se siente de haber recibido, de haber visto florecer en sí mismo una libertad a prueba de cárcel.

El resultado, la contribución al bien del mundo, es la generación de un sujeto libre, con una libertad a prueba de todo tipo de cárceles. Es algo que solo se cumplirá en la eternidad, pero que se puede identificar ya en el presente: florece una libertad inimaginable, que es un testimonio delante de todos. «Eso es imposible. Te he hecho la vida imposible...», le dice su carcelero. Y Van Thuan: «¿Cómo no gritar de alegría cuando veo que Alguien me presta ese amor que



destruye el odio y el resentimiento?»<sup>45</sup>. También a él le parece imposible que alguien le permita florecer así, le haga libre de este modo, porque el florecimiento se produce según un designio y un tiempo que no son los nuestros; y si uno lo acepta, el resultado va más allá de cualquier expectativa.

¡Quién sabe cómo estamos afrontando las circunstancias que vivimos al vernos obligados a permanecer en casa para evitar el contagio! ¿Nos estamos ahogando, como si no tuviésemos una vía de salida, o nos estamos sorprendiendo más libres?

*Cuando pase la emergencia, ¿qué quedará de todo lo que estamos viviendo?*

Se ha dicho que saldremos de esta gran pandemia cambiados. Yo añado: saldremos cambiados, pero solo si empezamos a cambiar ahora. Es decir, si nos damos cuenta de lo que está pasando, si estamos presentes en el presente y aprendemos ahora a juzgar lo que estamos viviendo, confinados en nuestras casas o implicados en primera línea para hacer frente al conta-

<sup>45</sup> *Ibidem*, p. 332.

gio. El cambio no se produce por simple acumulación de impactos, de eventos o de impresiones de las cosas que suceden, sino por una comprensión del sentido de lo que nos sucede, es decir, como adquisición de conocimiento. Por eso nuestro cambio no puede ser mecánico. Saldremos de esta situación cambiados si profundizamos ahora, a través de las provocaciones que la realidad nos dirige, en el descubrimiento de quiénes somos, de para qué merece la pena vivir y de qué nos permite no estar aplastados. Cito muchas veces una frase de Benedicto XVI: «Un progreso acumulativo solo es posible en lo material. Aquí, en el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia, y en relación con los inventos cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones

fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio»<sup>46</sup>.

Esto significa que si no nos habituamos a juzgar lo que vivimos en estos días de aislamiento obligatorio o de compromiso para combatir el virus, lo perderemos todo. Lo subraya Paolo Giordano: «Desde hace un mes lo impensable ha irrumpido en nuestras vidas. [...] Pero en un momento dado terminará. [...] Mientras nosotros, distraídos, solo tendremos ganas de sacudirnos todo de encima. La gran oscuridad que cae. El comienzo del olvido. A no ser que nos atrevamos a reflexionar ahora. [...] Imaginemos el después comenzando ahora. Evitemos que lo impensable nos pille, una vez más, por sorpresa»<sup>47</sup>.

Se trata de una verificación que debemos llevar a cabo en nuestro camino cotidiano, desde que abrimos los ojos por la mañana hasta que nos vamos a dormir por la noche. Dice también Giordano: «He decidido emplear este vacío escribiendo [...]: no quiero perder lo que la epidemia nos está desvelando de nosotros mismos. Superado el miedo,

<sup>46</sup> Benedicto XVI, *Spe salvi*, 24.

<sup>47</sup> *Corriere della Sera*, 21 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

toda conciencia volátil se desvanecerá en un instante», pero «ciertas reflexiones que el contagio suscita ahora serán todavía válidas»<sup>48</sup>. Es verdad que, sin un trabajo sobre nosotros, todo se desvanecerá y volveremos a las cosas de siempre sin haber aprendido nada de esta extraña y dolorosa circunstancia. Pero solo nosotros podemos decidir hacer este trabajo: es lo único a lo que no puede obligarnos ningún decreto o norma. En ese nivel no hay nada mecánico. Por ello, ¡decidamos! Es un trabajo que requiere atención, en el que razón y libertad deben estar siempre despiertas, dispuestas a captar el instante que pasa. De no ser así, el sacrificio y la angustia darán paso sin más al olvido. Es bien consciente de ello Eugenio Borgna, como buen conocedor del alma humana que es: «Una vez que cesa el peligro, en los hombres se introduce con facilidad el olvido. Sin embargo, habrá algunos, no sé cuántos, que en este tiempo de dolor habrán aprovechado la ocasión para estar más atentos, para escucharse a sí mismos y al otro más profundamente. Sí, después de esta áspera

<sup>48</sup> *Corriere della Sera*, 24 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

prueba algunos de nosotros renacerán, capaces de una esperanza nueva»<sup>49</sup>.

*Pero, mientras, la pandemia persiste. En este momento, resulta evidente para todos que no se trata de un fenómeno pasajero.*

En esto se manifiesta lo valioso del tiempo, que somete a verificación nuestra posición frente a las cosas, nuestro modo de afrontar la vida, las relaciones, las situaciones. Cuando la realidad no se pliega a nuestras expectativas, estrategias o iniciativas, se pone al descubierto la consistencia o no de nuestro sujeto y del bagaje de convicciones que tenemos, ya sean laicas o religiosas.

*Desde el principio hemos asistido a muchos vaivenes a la hora de considerar y hacer frente a la epidemia. ¿Cómo es posible que haya tanta dificultad para tomar el camino adecuado?*

No tengo elementos para responder a esta cuestión. Me limito a lo que constato en mi

<sup>49</sup> *Avvenire*, 25 de marzo de 2020; la traducción es nuestra.

campo de experiencia y vale para mí. Existe una afirmación de Chesterton que me parece desarmante: «El problema de nuestros sabios no es que no encuentren la respuesta, sino que ni siquiera ven el acertijo»<sup>50</sup>. La condición para ver la respuesta es ver el acertijo, la pregunta. Y esto implica una cierta postura frente a la realidad, dejarse interpelar por ella, secundar sus sugerencias, dispuestos a revisar ideas y proyectos, y a aprender de todos aquellos que puedan echarnos una mano. En definitiva, se trata de un problema de mirada sobre la realidad que nos afecta a cada uno de nosotros. Y también de libertad con respecto a nuestros errores y al espectro de nuestro provecho personal (a los efectos que queremos obtener en los demás). Así podremos reponernos más rápidamente de los tropiezos, del fracaso, de la confusión, teniendo como único timón la tensión hacia el bien de todos, nada más.

*Me gustaría preguntarte, si es posible, qué te está sosteniendo más estos días.*

He visto con frecuencia la conveniencia de

<sup>50</sup> G.K. Chesterton, *Ortodoxia*, Acantilado, Barcelona 2013, p. 40.

no sustraerme a los desafíos que la vida no me ahorra. Por ello, también he afrontado este desafío dispuesto a descubrir qué podía brotar de una provocación que se desvelaba cada día más en sus proporciones reales. No he podido estar delante de todo lo que sucedía sin verme sacudido por el asombro de la Presencia que domina mi vida. Y ante la vulnerabilidad, que se hacía cada vez más evidente en sus distintos aspectos, crecía cada vez más en mí la pregunta: « ¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, el Hijo del hombre para mirar por él?»<sup>51</sup>.

Es esta Presencia, este Tú, quien plasma la mirada sobre el desafío que, junto a todos, tengo que afrontar, permitiéndome vivir como hombre el vértigo que provoca, sin huir del drama, del dolor, de la muerte que veo suceder a mi alrededor y por tanto reflejarse en mí. Estoy tratando de vivir todo esto como ocasión de verificación de la fe. Al dejarme empapar por las preguntas que la situación hace surgir, sorprendo en mí – lleno de asombro– una luz para afrontarlas, percibo la razonabilidad del planteamiento que me sugiere la fe.

A Jesús le importa mi humanidad y la

<sup>51</sup> Sal 8,5.

de los demás. Cada vez comprendo mejor de dónde le venía a san Pablo esa certeza indestructible a la que había llegado justamente porque no se le había ahorrado nada: «¿Quién nos separará del amor de Cristo?, ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿el peligro?, ¿la espada? [...] Pero en todo esto vencemos de sobra gracias a aquel que nos ha amado. Pues estoy convencido de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Nuestro Señor»<sup>52</sup>.

Personas que viven de esta certeza son una esperanza para todos –como lo son en primer lugar para mí estos días–, incluso para aquellos que se sienten frágiles ante el desafío del virus y están lejos de la fe de san Pablo. Personas así pueden encender en otras el deseo de tener esta fe, pidiéndola en cada gesto pequeño o grande, heroico, del día.

¿Quién no desearía para sí esta certeza? Tanto más cuando no sabemos todavía cómo saldremos no solo del aspecto sanita-

<sup>52</sup> Rm 8, 35-39.



rio del desafío, sino de las demás consecuencias que previsiblemente nos esperan. Solo con semejante certeza podremos no permanecer sordos a la llamada de la circunstancia y no perder la ocasión de ser más nosotros mismos, y por tanto más útiles a los demás.





